

**A N G E L
G A N I V E T
E L E X C E N T R I C O D E L 9 8**

Por

ANTONIO GALLEGO MORELL



**GRANADA
1997**

INDICE GENERAL

GANIVET A CIEN AÑOS DE DISTANCIA (1865-1965)	11
VIDA DE ANGEL GANIVET... ..	19
Granada y sus molinos	21
Un niño de barrio	25
Bachillerato y cuadros de honor	33
Licenciado en dos Facultades	39
Un provinciano en Madrid estudiante de Doctorado	45
Primeras oposiciones y sueldo de Bibliotecario	51
Catedrático malogrado... ..	57
Jugando a la abogacía	65
Oposiciones a la Carrera Consular	69
Amores de Carnaval	73
Otros dos años en Amberes	95
Camino de Helsingfors	113
Cónsul en Rusia	118
El solitario de Brunsparken	125
La amada del Báltico... ..	131
Adios a Granada y despedida a España en Sitges	137
La Cofradía del Avellano	147
Otra vez gobernando amazonas y en diálogo con Unamuno.	153
Unos meses en Riga	163
Suicidio en el Dvina el año del “Desastre”	171
El arte español de aderezar los restos	181

ALBUM CANIVETIANO	189
INDICES	239
Índice de láminas e ilustraciones	241
Índice general	247
COLOFÓN	249

G A N I V E T
A C I E N A Ñ O S D E D I S T A N C I A
(1 8 9 8 - 1 9 9 8)

La ocasión de conmemorar en 1898 el centenario de la muerte trágica de Ángel Ganivet en la ciudad —hoy otra vez capital de Letonia— de Riga me lleva a reeditar la biografía de Ganivet escrita con motivo del otro centenario de su nacimiento, celebrado en Granada, con tanta brillantez, en 1965. Dos libros acompañaron aquellos actos: el del inolvidable Miguel Olmedo Moreno, El pensamiento de Ángel Ganivet, y esta biografía mía, Ángel Ganivet el Excéntrico del 98. «A cien años de distancia (1865-1965)» redacté aquella biografía y de la misma manera que pese a los años transcurridos —los mismos treinta y tres años con los que el escritor granadino se quitó la vida— poco se ha aportado en dicho tiempo que altere la clarividente interpretación de su pensamiento que acertó a interpretar Miguel Olmedo Moreno tampoco se han producido investigaciones que obliguen a darle una redacción distinta a la biografía por mí escrita en aquella ocasión. Y aquí, y ahora, se reproduce en facsímil aligerada de la bibliografía que entonces la acompañaba y que más completa —con las incorporaciones que se produjeron con ocasión del centenario de su nacimiento— ya recogimos en los Estudios y textos ganivetianos publicados en Madrid por el C.S.I.C., en 1971.

Esta biografía arranca desde la que fue publicada en 1925 por Melchor Fernández Almagro. Él y mi padre me animaron siempre a que redactase esta biografía: ambos fueron los dos granadinos que con sus esfuerzos lograron que se agrupasen tras el autor de Granada la Bella, todos los hombres de letras de una ciudad sin par y cuando al segundo se le encomendó regir esta ciudad —ya lo confiesa él en su prólogo a la edición del libro editado en 1952— actuó siem-

pre guiado por el pensamiento ganivetiano. Hay cosas que han quedado planteadas en la pequeña y en la gran historia de un país y no hay quien las mueva haciendo una simple permuta de ignorancia y desconocimiento.

Fernández Almagro me animó a que saliese a Europa —cosa que él no hizo en su vida, tan plena de curiosidades— ya que Ganivet había escrito casi su obra íntegra desde las atalayas europeas en las que servía por su calidad de diplomático. Por ello me preocupé ante todo de adentrarme en mis investigaciones en las ciudades de Amberes, Helsinki y Riga y producto de esas experiencias se fueron articulando y encajando las piezas de la vida de este extraño personaje granadino, que como describió Gómez de la Serna, interesa por lo que tiene él mismo de personaje novelesco de la novela de la vida. Y aquel libro que vio la luz por primera vez en los puestos callejeros de libros en una feria del otoño granadino —Carrera de la Virgen— de 1965, sigue estando vigente cuando llega el centenario conmemorativo de su muerte.

Frecuentemente se han dado interpretaciones estrictamente personales para explicar la tragedia del Dvina del 29 de noviembre de 1898. Y, en cambio, se sobrevalora literariamente para todo el movimiento romántico el pistoletazo de Larra: el suicidio de Ganivet significa para el 98 lo que significó el 13 de febrero de 1837 para el Romanticismo. Ángel Ganivet no es el precedente del 98: es el mismo 98. Con palabras de Ramón Gómez de la Serna, Ángel Ganivet fue el excéntrico del grupo, pero su literatura pertenece a la literatura del grupo. Cuando en 1925 sus restos atraviesan el país entre actitudes de signo político contradictorias nos parece volver a aquel cortejo en el que los jóvenes de lo que sería el 98 atravesaban Madrid con ramitos de violetas, camino del Camposanto de San Nicolás, en el que reposaban los restos de otro suicida. El excéntrico del 98: lo escribe a golpes de intuición, golpeando en la máquina de escribir greguerías y otros malabarismos literarios, uno de los escritores más universales de toda nuestra literatura nacional. Y denomina excéntrico al que creíamos excesivamente provinciano y localista. Ángel Ganivet encarna el 98 de una ciudad que no iba a irrumpir en las letras universales hasta que García Lorca hace cruzar por todas las geografías su nuevo jinete tocando el tambor del llano. Pero aquí está la Granada del 98 representada por un escritor que canta a su ciudad desde donde únicamente se puede hacer literatura de lo geográfico: desde la nostalgia.

Esta vinculación de Ganivet a su ciudad natal junto con su temprana muer-

te han restado universalidad a su literatura. Pensemos que Ganimet, con solo un año menos que Unamuno, muere treinta y ocho años por delante de aquél: es decir, Unamuno ha dispuesto de treinta y ocho años más que Ganimet para entregarse a su insobornable vocación de pensador y de escritor. ¿Quiere esto decir que Ganimet es un escritor malogrado y que muere antes de cuajar? Lo más sorprendente del escritor granadino es que cuando muere, con treinta y tres años, está totalmente hecho y ofrece en su pensamiento y en su literatura una sorprendente madurez. Extrema Ramón Gómez de la Serna su versión de un Ganimet impar, sospechoso, receloso, vidrioso. Y extrema Manuel Azaña la aplicación de una crítica sensata al pensamiento ganivetiano, receloso de que Ganimet pudiese convertirse en guía y maestro de la España venidera. -Todo Ganimet — escribe Azaña— es un afanoso tanteo de la vocación. La España de principios de siglo, inorientada empezaba por preguntarse que podía hacer, y los jóvenes, sobre todo los jóvenes, los que aún no sabían a que generación iban a pertenecer, se revolvían como Ganimet se revolvió, en un enredijo de cuestiones previas-. También Azaña —acaso el más implacable y negativo crítico del autor del Idearium Español— coloca a Ganimet en el friso de los hombres del 98.

Ángel Ganimet no escribe apenas en Granada. Rompe a hacerse novelista en el Madrid galdosiano, pero toda su obra la redacta en las dos ciudades en las que le tocó vivir como Cónsul de la España que perdía las colonias: Amberes y Helsingfors. Después también desde Riga. Ganimet realiza toda su producción escribiendo en países bilingües y asomándose a los puertos, entre paella y trámite administrativo, en las brechas que le dejaban su vocación de escritor y sus preocupaciones de hombre mujeriego y, como tal, profundamente tímido. Amberes y Helsingfors son dos ciudades con la doble lengua clavada en todas las esquinas: el francés y el flamenco en la primera, el sueco y el finés en la segunda. Son dos ciudades con la mujer situada en el primer plano de toda la vida social. Y estos dos ingredientes, bilingüismo y feminismo, saltan a su obra y crean una veta de excentricidad en su literatura dentro del panorama nacional y nacionalista con que irrumpen todas las otras creaciones del 98.

Como acontecerá después con Maeztu, este contacto con el extranjero, esta huella en su prosa del lenguaje que arranca de su profesión de Cónsul, este jugar a ver las cosas de España desde lejos, crean una literatura contradictoria y desconcertante, donde conviven provincianismo, costumbrismo y tópicos españoles con puntos de vista y paisajes extraños en nuestras letras.

Por otra parte, cuando en el cauce preferentemente moralizante y adoctrinador de la literatura española irrumpe una pluma que no vibra ante la Fe, que no la canta aunque, como acontece con Ortega, en ella siempre está Dios a la vista, hace que se adopte ante el escritor una postura de desconfianza. En Ganivet no encontraremos nunca desplantes de heterodoxia como en Unamuno, porque Unamuno es uno de los más grandes hitos de la literatura religiosa de la España del Siglo XX. Lo que sorprende en Ganivet es la omisión y no el grito de energúmeno.

*Y lo que asoma es, constantemente, su íntimo drama:
¡Oh amor divino, ten de mí piedad,
muestra caridad
con el que en tierra se postró de hinojos;
rompe esta obscuridad
haz que un rayo del cielo abra mis ojos!*

Y en una literatura de tono sentencioso y transcendente quiebra también esta tónica el gesto zumbón y con el humor a flor que únicamente entronca con el más profundo Quevedo del Primer Siglo de Oro de nuestras letras.

He querido redactar una biografía a la que no asomara el crítico literario que desmonta a su propia conveniencia todos los andamiajes literarios que al personaje biografiado le dan razón de ser, pero he tenido la constante preocupación de ilustrar gráficamente esta biografía porque vengo, desde hace años, intentando poner al servicio de la literatura española este método de alternar la imagen con la investigación histórico-literaria: por ese camino los franceses han aireado en el mundo a sus hombres de letras cuyos perfiles han hecho familiares universalmente.

Una completísima e inédita iconografía ganivetiana alterna con los paisajes en los que hay que situar la figura de este escritor, muerto con sólo treinta y tres años de edad, y con la reproducción de manuscritos y de otra documentación gráfica.

Ganivet simboliza en la España de fin de siglo el primer gesto generacional —generacional del 98— que se adopta en la Andalucía que iba a condicionar los nuevos rumbos de la lírica a través de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Federico García Lorca. Ganivet es la literatura que comien-